

Sábado, 14 de enero de 2017  
“La luz de la fe”

Mt 5,13-19

*«Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres. «Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del clemén, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. «No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i o una tilde de la Ley sin que todo suceda. Por tanto, el que traspase uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, será el más pequeño en el Reino de los Cielos; en cambio, el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos.*

Para nuestra reflexión de hoy, escogimos el evangelio que corresponde a la memoria de San Hilario. Él fue un defensor valiente de la fe verdadera contra las herejías de Arrio en el siglo IV. El emperador de ese entonces, Constantino II, apoyaba el arrianismo, de manera que esta herejía se difundió enormemente. Hilario era uno de los pocos obispos que defendían la recta doctrina, y tuvo que sufrir mucho por esta causa.

También hoy es importante que nos mantengamos firmes en la verdadera fe y en la auténtica praxis; pues si nos alejamos de ella, la sal perderá su sabor. Permanecer en la doctrina recta equivale a mantenernos firmes en la verdad, pues es el mismo Espíritu Santo quien se hace presente en ella. De ahí le viene su autenticidad, y por eso debe ser creída por todo católico.

Fijémonos en lo que dice el Señor en el evangelio: „No he venido para abolir la ley

y los profetas, sino para darles cumplimiento“.

Actualmente, nos enfrentamos a un fuerte debate en la iglesia. El Papa Francisco quiere derogar, bajo ciertas circunstancias especiales, la prohibición absoluta del acceso a la comunión para los así llamados „divorciados vueltos a casar“, que viven en intimidad con una segunda pareja, siendo válido su primer matrimonio.

No son pocos los católicos que consideran esto como un cambio inadmisible en la praxis tradicional de nuestra iglesia.

Lo fundamental en estos debates, es la constante oración por los que guían a la Iglesia, para que actúen y decidan siempre en la luz del Espíritu Santo, siendo así preservados de todo error. El evangelio de hoy y la vida de San Hilario nos invitan a hacerlo.

Nuestra fe católica tiene una luz enorme cuando es enseñada y practicada auténticamente. Nos concede respuestas para las preguntas existenciales del hombre, le da sentido a nuestra vida e incluso a la muerte, y nos da luz en todos los temas relacionados con ello.

Por eso es tan importante que este mensaje no se opaque nunca, y que no se mezcle con elementos que no corresponden a él. La fe debe ser una verdadera alternativa, y debe tocar a las personas en su búsqueda de verdad y de amor. ¡Dios mismo debe morar en la fe que anunciamos!

Si eso no sucede, estaríamos privando al mundo de algo que esencial, y estaríamos incumpliendo el encargo del Señor. Es la belleza de la verdad y del amor verdadero el que puede despertar la fe en los corazones de los hombres.

El amor y la verdad se revelan en Cristo, pues el amor fue la motivación para todo

lo que hacía en plena unión con la voluntad del Padre.

La razón de ser del hombre está en conocer a Dios. En Dios descubrimos quiénes somos, y, más aún, descubrimos quién y cómo es Dios. Y el amor y la verdad nos forman para que hagamos todo en unidad a la voluntad divina, liberándonos así de toda oscuridad.

¡Esta luz ha de resplandecer, para que los hombres alaben al Padre en los cielos!

La fe cristiana no está destinada solo para los monasterios escondidos; sino que debe ser profesada y reconocida en el ámbito público.

¡Cuán distinto es lo que sucede cuando se intenta „acomodar“ la fe a los estándares del mundo; cuando ya no se anhela el camino de la santidad; cuando la fe se vuelve cada vez más política; cuando pierde el esplendor del amor divino; cuando apenas se la puede diferenciar de ideologías humanas; cuando se diluyen las verdades, o se las relativiza, o, peor aún, se las niega!

Entonces sucede lo que nos dice el texto: la sal pierde su sabor y la gente la pisa y ya no sirve para nada. ¡La fe se vuelve aburrida, tibia y desaparece más y más!

¡Esto sería una disipación de la luz para este mundo; una pérdida de la fuerza de la verdad! Todo amenaza con hundirse en un mar indefinido...

Solamente la verdadera fe, unida con el sincero camino por las sendas de la santidad, logra resplandecer en este mundo, convirtiéndose en una estrella que guía a los demás, así como lo fue el obispo San Hilario.

¡Que Dios no permita que la fe cristiana se vuelva tibia, y desaparezca así la única esperanza del mundo! También de nosotros, que conocemos la fe e intentamos vivir de acuerdo a ella, depende cuán intensa o débilmente alumbre esta luz en el mundo. Y aunque seamos sólo una pequeña luz... ¡eso no importa! Lo que cuenta es que pongamos en práctica aquello que hemos aprendido, y que trabajemos con los talentos que hemos recibido de Dios. También la suma de muchas lucecitas iluminará el mundo. ¡Y a eso estamos llamados: a iluminar el mundo!

„Vosotros sois la luz del mundo“, dice el Señor a sus discípulos. ¡Y nos lo dice también a nosotros!